

bía cierto delicado retintín en el tono de S. E. que no pasó inadvertido para el secretario, éste comprendió que... su salud se había resentido, por lo que pidió y obtuvo permiso para regresar á Inglaterra.

El Virrey dijo que el carácter inflamable del secretario era muy bueno para lucir en la Metrópoli entre las personas *finchadas*.

—Mis grandes deficiencias—añadió S. E. más tarde, recordando lo ocurrido y guiñando los ojos,—y mi falta de carácter, debían ser muy desagradables para un hombre tan excepcional.



## EL ARRESTO DEL TENIENTE GOLIGHTLY

Y él me dijo: Se me ha olvidado la contraseña.—Y yo le dije: ¿Se le ha olvidado? ¿Se le ha olvidado?—Y él me dijo: ¡Pero soy el coronel!—Y yo le dije: ¿Con que es usted el coronel, eh? Coronel ó no, espere que me releven, y el sargento dará cuenta de la cara feísima que tiene usted. ¡Qué demonio! Eso le dije.

Y... ¡voto al chápuro! era de verdad el coronel; pero entonces yo era quinto.

(Autobiografía inédita del soldado Ortheris.)

Si había algo de que realmente estuviera orgulloso Golightly, era de presentarse siempre como cumple á un caballero y á un oficial.

—Por honrar el uniforme—solía decir—es por lo que me visto con tanto esmero.

Los que le conocían bien aseguraban que



todo aquello obedecía únicamente á estímulos de la vanidad; pero no perjudicaba á nadie.

Conocía las cualidades de un caballo sólo con verle una vez; sabía hacer algo más que tenerse en la silla; jugaba muy bien al billar, y era un competidor temible al whist.

Todo el mundo le estimaba, y á nadie se le ocurrió jamás que podría verle en el andén de una estación con esposas en las manos por presunto desertor; mas esta desgracia sobrevino.

Bajaba un día á caballo de Dalhousie, á punto de espirar la licencia que disfrutaba. Se había retrasado algo y necesitaba apretar el paso.

Hacia un calor horrible en Dalhousie, y conociendo lo que le esperaba al llegar al llano, iba vestido, con un *khaki* (1) nuevo, muy ajustado al cuerpo y del más delicado color verde aceituna; cinturón azul pavo real; cuello blanco y yelmo de fieltro, que parecía por su blancura, un copo de nieve.

Su orgullo estribaba en ir siempre muy limpio, hasta cuando se veía obligado á correr

(1) Uniforme hecho de dril.—(N. del T.)

la posta; y tanto le preocupó lo referente á su tocado antes de emprender el viaje, que se olvidó completamente de todo lo demás, hasta el punto de que sólo llevaba una insignificante cantidad de dinero suelto: los billetes y todos sus papeles les dejó olvidados en el hotel.

Sus criados le habían precedido á fin de esperarle en Pathankote con un traje nuevo para mudarse: á esto le llamaba Golightly viajar á la ligera, y estaba muy satisfecho de sus condiciones organizadoras.

Cuando se encontraba á unas veintidós millas de Dalhousie, empezó á caer, no uno de esos chaparrones de las montañas, sino un tremendo diluvio propio de los monzones. El teniente apresuró el paso, sintiendo haber olvidado el paraguas.

El polvo del camino se trocó bien pronto en cieno, y la jaca y las polainas del jinete se cubrieron de barro; pero él se mantuvo erguido, haciendo esfuerzos para creer que el remojo era agradable.

La jaca que tomó en el primer relevo, arrancó algo más que brutalmente, y las manos del teniente, escurridizas por efecto de la lluvia,



contribuyeron á que se cayera en una revuelta. Se levantó, salió detrás del caballo, le cogió al fin, montó de nuevo y siguió adelante rápidamente.

La caída no había mejorado ni su humor ni su traje, y, en cambio, le había hecho perder una espuela: usó la otra, y cuando llegó á la posada, el jaco le había hecho saltar tanto con sus endiablados movimientos, que, á pesar de la lluvia, sudaba de un modo terrible.

Siguió la marcha, y transcurrida una miserable media hora, notó que el mundo desaparecía ante sus ojos bajo una pasta pegajosa. La lluvia había convertido la materia que formaba su enorme y blanquísimo yelmo, en una masa que olía á demonios y que se había pegado á su cabeza, afectando la forma de un hongo gigantesco entreabierto. El forro verde comenzaba también á liquidarse.

El teniente no hizo exclamación alguna digna de ser consignada, limitándose á romper, esprimir, separar lo que cerraba el borde de sus ojos, abriendo como un surco en la masa.

La parte posterior del casco azotaba su

cuello, y los costados herían sus orejas; pero la banda de cuero y el forro verde mantenían, aunque con esfuerzos, juntas todas las partes, por lo que no se deslizó completamente derretido del lugar donde estaba pegado.

Por fin, la pasta y la tela verde formaron una especie de pelusilla viscosa, que desde la cabeza resvaló caprichosamente sobre el pecho y la espalda del teniente.

El color del traje comenzó también á desaparecer, formando todo esto el más extraño y abigarrado tinte, pues unas partes del cuerpo de Golightly aparecían de color de pasa, otras de color violeta; aquí se dibujaban contornos de ocre y allá rayas de un rojo muy vivo.

Las manchas de lodo aparecían casi blancas entre los matices del extraño tinte.

Cuando sacó el pañuelo para limpiarse la cara, y el verde del forro del casco y la materia colorante que se había introducido por el cuello llegaron á confundirse y mezclarse, el efecto fué verdaderamente estupendo.

Cerca de Dhar la lluvia cesó; el sol de la tarde brilló en el cielo y secó algo las ropas del teniente, así como dió fijeza á los colores.



A tres millas de Pathankote el caballo cayó reventado, por lo que Golightly se vió obligado á seguir á pie, y entró en el pueblo en busca de sus criados.

No sabía que se habían detenido, apartándose algo del camino, á fin de echar un trago, y que á la mañana siguiente llegarían diciendo que se habían torcido un pie. Por esta razón, cuando entró en Pathankote no pudo encontrarles.

Sucio, muy sucio, con las botas tiesas y pegajosas por la espesa capa de barro; deshecho el cinturón azul tanto como el uniforme, se despojó de éste sin perdonar el cuello, y no sin renegar de los criados, trató de hallar donde colgarle.

Tenía sed y pagó seis *annas* por beber algo, notando entonces que sólo le quedaban otras seis en el bolsillo, y en el mundo, al detenerse á aquella hora.

Se fué á ver al jefe de la estación del ferrocarril á fin de negociar un billete de primera clase hasta Khasa, donde estaba de guarnición. El escribiente habló en voz baja con el jefe; éste hizo lo mismo con el telegrafista, y los tres empezaron á mirarle con gran curio-

sidad, diciéndole al fin que esperase una media hora mientras telegrafaban á Umritsar pidiendo autorización para hacer lo que solicitaba.

Esperó, y á poco cuatro agentes de policía llegaron y se agruparon de un modo muy pintoresco á su alrededor. Lo notó al instante, y cuando se disponía á pedirles que le dejaran en paz, el jefe de estación apareció, diciéndole que si el *sahib* (1) tenía la bondad de entrar en la oficina, le daría el billete hasta Umritsar.

Siguióle el teniente, y lo primero que vió fué que los polizontes le agarraban por brazos y piernas, mientras el jefe trataba de meterle violentamente en la cabeza una saca de la correspondencia.

Se armó la gran trifulca en la oficina, dando los combatientes vueltas alrededor de la sala, y Golightly se hizo una herida de mal aspecto en un ojo al caer contra una mesa.

Por fin, como los polizontes eran muchos, entre éstos y el jefe de estación le maniataron fuertemente; mas al ver el teniente que ade-

(1) Señor.—(N. del T.)



más le metían en la cabeza la saca, comenzó á protestar en tal forma, que el cabo de policía dijo:

—No hay duda: este es el soldado inglés que andamos buscando. Vean ustedes cómo habla.

Entonces preguntó qué significaba todo aquello, y el jefe de la estación le dijo:

—Tú eres el soldado Juan Binkle del regimiento... *cinco pies, nueve pulgadas, cabello rubio, ojos grises*, de apariencia muy mala, sin ninguna señal especial en el cuerpo y que ha desertado hace quince días.

Golightly comenzó á dar explicaciones, haciéndolo muy extensamente; y cuanto más hablaban menos le creían, diciendo el jefe de estación que un teniente no podía tener aquella facha de rufián, y que sus instrucciones eran mandarlo con escolta á Umritsar.

El teniente, que estaba calado hasta los huesos y muy molesto, comenzó á hablar en una forma que no se puede publicar, ni aunque se la espurgara cuidadosamente; pero los polizontes lo metieron en el departamento central de un coche, para llevarle con más seguridad, y el hombre empleó las horas del

viaje en insultarles con toda la afluencia que su conocimiento del dialecto del país le permitía.

Al llegar á Umritsar fué entregado, liado como un fardo, á un cabo y tres hombres del regimiento.

Golightly se preparó á luchar para deshacer la equivocación rápidamente. El pobre no se encontraba muy gentil con las manos atadas, con los hilos de sangre que, saliendo de la herida, se habían coagulado en la mejilla izquierda y con cuatro polizontes detrás mandados por un cabo que no tenía cara de bromas.

—Esta es una equivocación absurda, amigos míos—se atrevió á decir.

—Silencio y sigue andando—gruñó el cabo.

Pero ni quería seguir ni dejar de explicar la cosa, lo que logró hacer en forma tal, que el cabo le dijo:

—¡Tú un oficial! Sí... ¡Valiente semejanza tienes tú con nosotros! Brillante oficial estás tú. Conozco tu regimiento. *Tu aire de bribón* demuestra de dónde vienes. Eres una gran vergüenza para el servicio.

El teniente supo permanecer tranquilo y volvió á repetir sus explicaciones.



Después, para guarecerse de la lluvia, se metió en el restaurant, pidiendo que le dejaran y no le volvieran loco; pero los soldados insistieron en llevarle al fuerte de Govindghar marchando en una forma tan depresiva como si jugara á «La marcha de la rana» (1).

Golightly estaba furioso al verse confundido con un desertor, maniatado, yerto, y con el dolor de cabeza que la herida le había producido. Ya ni podía explicar lo que le pasaba, y cuando estaba rendido, sin aliento, con la garganta seca, uno de los soldados dijo:

—Yo había oído á algunos miserables en el cepo echar bravatas y mentiras; pero jamás oí á ninguno que se atreviera á decir que era un oficial.

Sus guardianes no estaban irritados con él: al contrario; le admiraban, y como tenían alguna cerveza, le ofrecieron un vaso por lo bien que había jurado y gritado.

Después le pidieron que les contara todas las aventuras que había corrido el *soldado Juan Binkle* mientras estuvo libre fuera del país.

---

(1) Juego que consiste en correr á saltos con los pies y las manos atados.—(N. del T.)

Los obsequios y aquella petición le encolerizaron más y más. Si hubiera conservado la serenidad, habría esperado la llegada de un oficial; pero lo que intentó fué huir.

La culata de un Martini entre los homoplatos hace bastante daño, y el *khaki*, podrido por la lluvia, se rasga pronto si dos hombres tiran del cuello.

Golightly se levantó del suelo sintiéndose muy malo; su cabeza daba vueltas; su camisa estaba rasgada por el pecho y por la espalda.

Afortunadamente, en aquel momento llegó el tren descendente de Lahore, en el cual venía uno de los jefes del pobre teniente.

He aquí el parte íntegro de aquel jefe:

«Oí el ruido de una pelea y entré en la sala de segunda clase, destinada á la venta de licores, encontrándome con el más redomado tunante que había visto jamás. Sus botas y sus calzones desaparecían bajo una plasta de cieno, matizada con chorros de cerveza; cubría su cabeza una cosa informe, especie de montón asqueroso de cieno blanquecino, que se desparramaba sobre sus hombros, lastimosamente arañados; la mitad de su camisa, rota y sucia, se había salido, y el pobre diablo



pedía que le bajasen los faldones, que estaban arremolinados sobre su frente.

»Al principio no pude verle la cara, porque la camisa se la cubría, y supuse que era un galopín en el primer período del *delirium tremens* por la forma en que blasfemaba mientras trataba de desembarazarse de sus harapos; pero cuando se volvió, vi un chichón tan grande como un pastel de puerco sobre un ojo; varios cardenales en la cara, algunas rayas de color violeta alrededor del cuello, y reconocí á Golightly.

»Al verme se puso muy alegre—añadió el comandante—y me rogó que no contase nada de aquello. Así lo hice; pero usted puede, si quiere, contarle ahora que el teniente ha regresado á Inglaterra.»

Golightly se pasó la mayor parte del verano trabajando para que el cabo y los soldados fueran llevados ante un consejo de guerra por haber detenido á un caballero oficial, á pesar de que ellos, como era natural, demostraron sentir profundamente el error cometido.

La noticia de la aventura llegó á los cuerpos de guardia y desde allí corrió por toda la provincia.



## CONSECUENCIAS

De Rosacruz (1) las varias sutilezas  
nacieron en Oriente  
y al pie de Jacatala, el indio siente  
al sectario que canta sus grandezas.  
Busca, lector á Paracelso; admira  
como Flood ha descrito  
aquel Poder ignoto é infinito  
que en cielo eterno con los soles gira!...  
Lee después esta historia, pues deseo  
que admires á la luna en su apogeo.

**H**AY en Sinla comisiones por un año, por dos, por cinco; y las hay también ó las había vitalicias, con las cuales se vive el término natural de la vida, asegurándose unos buenos mofletes y una buena renta.

Es inútil añadir que durante los meses de

(1) Secta que se jactaba de conocer todas las ciencias.—(N. del T.)